

Las escenas finales **Reproche, remordimiento y arrepentimiento**



8ª SEMANA **1**

inTro

Extrañamente silencioso

Durante el Imperio Medo-Persa, uno de los tres gobernadores del reino fue un prisionero de guerra llamado Daniel. De origen judío y descendiente de la realeza, los babilonios lo habían capturado durante su primera oleada de ataques contra Jerusalén. Terminó viviendo como cautivo bajo dos imperios sucesivos.

En aquellas tierras extranjeras, una característica en particular jugaba continuamente a favor de Daniel: era un hombre de una integridad inquebrantable. La Biblia no registra ni una sola falta en la vida de Daniel. Esto no significa que nunca pecara; las Escrituras enseñan que «todos han pecado y están privados de la gloria de Dios» (Romanos 3: 23, NVI), incluido Daniel. Sin embargo, creo que la razón por la que las Escrituras no registran ninguna de sus fallas es porque él representaba un tipo literario de Cristo.

La fe que Daniel tenía en Dios y su compromiso con él, independientemente del precio que tuviera que pagar, es lo que lo hacía sobresalir continuamente por encima de todos sus compañeros. Gracias a ello, fue ascendido en el Imperio babilónico. Cuando el Imperio Medo-Persa derrocó a Babilonia, la excelencia de Daniel en el liderazgo era tan conocida que se le concedió el cargo de gobernador en el nuevo reino. El rey incluso consideró ponerlo a cargo de todo el reino. Sin embargo, esto no les gustó a sus compañeros. Buscaron una forma de acusarlo para que no fuera ascendido. Revisaron su rendimiento laboral, pero no encontraron nada. Investigaron su vida personal, pero tampoco encontraron nada. Finalmente, se dieron cuenta de que la única forma de meterlo en problemas era si su lealtad a Dios entraba en conflicto con los intereses del reino. Así que se acercaron al rey y afirmaron que todos los sátrapas y gobernadores (incluido Daniel, dado que también era gobernador) se habían reunido para establecer un decreto: cualquiera que pidiera algo a cualquier dios o hombre que no fue-

ra el rey durante 30 días sería arrojado al foso de los leones. Era una sentencia de muerte. El rey lo firmó sin pensar en las consecuencias.

Daniel, como siempre, continuó orando tres veces al día frente a su ventana abierta. Al poco tiempo, Daniel fue denunciado ante el rey. El rey Darío quería salvar a su amigo Daniel, pero no podía; tenía las manos atadas. Los acusadores de Daniel afirmaban que el rey entraría en conflicto con los principios del reino si no seguía hasta el final con la sentencia. Daniel fue arrojado al foso de los leones, pero Dios lo protegió y lo ayudó a superar la crisis. Después, sus enemigos fueron aplastados.

Muchos de nosotros hemos escuchado esta historia desde la infancia. Jesús también escuchó esta historia desde niño. Pero para él no era solo una historia, sino una profecía sobre su propia vida. Jesús, que también nació de linaje real, fue odiado por sus compañeros por llevar una vida íntegra. También fue acusado falsamente y llevado ante un rey que reconoció los mezquinos celos de quienes lo acusaban, pero aun así siguió adelante con la sentencia de muerte, a pesar de que reconoció que el acusado era una persona justa (Mateo 27: 24, RVR1995). Los judíos afirmaron que si el rey no castigaba a Jesús, no sería amigo del emperador César, de forma similar a los acusadores de Daniel, que acusaron al rey de intentar actuar al margen de los principios de su reino.

Pero hay una diferencia fundamental: Jesús no se libró del sufrimiento. De hecho, murió. Sin embargo, al igual que Daniel, salió del sepulcro sellado con una piedra, y sus enemigos y acusadores —Satanás y la muerte— fueron derrotados (1 Corintios 15: 54-55; Apocalipsis 12: 10).

En el estudio de la semana pasada, vimos a Jesús someterse a su llamado: «Salvará al ser humano, sea cual fuere el costo».¹ Esta semana, veremos cómo comienza el juicio. Lo han llevado de Getsemaní a la casa del sumo sacerdote y está a punto de enfrentarse a sus acusadores. También hablaremos del remordimiento de Judas por traicionar «sangre inocente» (Mateo 27: 4, RVR1995) y de la negación pública de Jesús por parte de Pedro. El drama se intensifica, pero también lo hacen la gracia y la gloria de Cristo.

1. Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, cap. 74, p. 656.

Escribe Mateo 26: 57-65 de tu traducción preferida de la Biblia o escríbelo con tus propias palabras.

Revisa el pasaje que has anotado.

- ✓ Encierra en un círculo las palabras, frases o ideas que se repiten.
- ✓ Subraya las palabras o frases que consideres importantes y significativas para ti.
- ✓ Dibuja flechas para conectar palabras o frases con otras palabras o frases asociadas o relacionadas.
- ✓ ¿Qué conceptos o ideas particulares subrayan todas estas marcas que has hecho en general?



8ª SEMANA 2

inTerioriza



Injusticia y abuso

Después del arresto de Jesús, el Sanedrín (el consejo judicial y administrativo judío) necesitaba encontrar cargos válidos para asegurar su muerte. Esta no era una tarea fácil. Jesús había sido muy cuidadoso y preciso en su lenguaje y no les había dado nada que justificara claramente un arresto.

El sumo sacerdote primero interrogó a Jesús sobre sus discípulos y su doctrina. Jesús le recordó que su ministerio había sido transparente y sus enseñanzas públicas (Juan 18: 20). Uno de los guardias, ofendido por la respuesta de Jesús, lo golpeó con la mano. Jesús respondió: «Si he dicho algo malo, dime en qué ha consistido; y si lo que he dicho está bien, ¿por qué me pegas?» (Juan 18: 23).

Los líderes conspiraron para traer testigos falsos con el fin de meter a Jesús en problemas, pero sus testimonios se contradecían entre sí. Finalmente, acordaron un testimonio coherente, acusándolo de decir: «Yo puedo destruir el templo de Dios y volver a levantarlo en tres días» (Mateo 26: 61). En realidad él no dijo eso. Lo que sí dijo fue: «Destruyan este templo, y en tres días volveré a levantarlo» (Juan 2: 19). El templo al que se refería era su propio cuerpo. Ellos le habían pedido una señal de su autoridad y su respuesta fue decirles que cuando lo crucificaran, resucitaría en tres días, revelando así su autoridad suprema.

Jesús no respondió a la mayoría de las preguntas que le hicieron los líderes. Siglos antes, el profeta Isaías destacó su inusual silencio: «como oveja que enmudece ante su trasquilador, ni siquiera abrió su boca» (Isaías 53: 7, NVI). Sin embargo, cuando el sumo sacerdote le preguntó directamente si él era el Cristo, el Hijo de Dios, Jesús respondió que sí, que lo era. Además, dijo: «Van a ver al Hijo del hombre sentado a la derecha del Todopoderoso, y viniendo en las nubes del cielo» (Mateo 26: 64). Esa respuesta bastó. Por esta declaración, lo declararon culpable de blasfemia y merecedor de la muerte.

Jesús fue entonces sometido a más humillaciones y tratos irrespetuosos. Lo escupieron, lo golpearon y se burlaron de él como si fuera un falso profeta. Reflexionemos unos instantes sobre esto: ¡el Señor de la gloria siendo tratado tan mal! Al comienzo de la semana había sido aclamado con ramas de palmera, pero al final fue golpeado con las palmas de hombres furiosos.

Una vez más, Jesús no dijo ni una palabra. Al recordar la reprimenda de Jesús a Pedro en la lección de la semana pasada, este momento cobra

aún más significado. Él pudo haber convocado a doce legiones de ángeles para defenderlo, y ellos seguramente anhelaban hacerlo ante tal injusticia. Pero no los llamó. Él estaba entregando su vida de manera verdadera y voluntaria por todos en el mundo, incluidos los mismos hombres que lo maltrataban en ese momento.

¿Alguna vez te han acusado injustamente? ¿Cómo te sentiste?
¿Cómo respondiste?

¿Por qué crees que los líderes religiosos decidieron ignorar las pruebas evidentes de que Jesús era el Mesías?

Escríbelo aquí





8ª SEMANA **3**

inTerpreta



La traición a sangre inocente

Los principales sacerdotes y los líderes del pueblo comenzaron a trazar estrategias para matar a Jesús (Mateo 27: 1). Sin embargo, Judas no estaba conspirando para matar a Jesús. Judas se quedó atónito cuando vio que Jesús era condenado a muerte y no hacía nada para liberarse. Nunca se consideró enemigo de Jesús. De hecho, Judas creía que era el aliado más valioso de Cristo. Judas estaba tratando de obligar a Jesús a liberarse y proclamarse como el Mesías político y militar que todos esperaban. Imaginaba que le estaba haciendo un favor a Jesús, pensando que Jesús era demasiado modesto. *Lo entregaré a las autoridades, pensó, y tendrá que mostrarnos a todos de lo que es capaz. Entonces tal vez yo obtenga un ascenso y Jesús me lo agradecerá.*

Judas recordó que Jesús se negó a cooperar cuando la multitud estaba decidida a coronarlo rey después de que alimentara a los cinco mil en Galilea (Juan 6: 15). Jesús rechazó de plano la idea y redujo drásticamente el tamaño de la multitud (Juan 6: 66) diciéndoles que, a menos que comieran su carne y bebieran su sangre, no tendrían vida. Judas estaba intentando de nuevo obligar a Jesús a convertirse en rey, solo para descubrir en el juicio que habría consecuencias terribles. Jesús no se entregaría y permitiría que lo crucificaran. Esto aterrizó a Judas. Intentó convencer a los enemigos de Jesús de que era «inocente» (Mateo 27: 4), pero los líderes no se conmovieron por las súplicas de Judas. Estaban decididos a matar a Jesús.

Judas devolvió las monedas de plata a los líderes y se marchó, abrumado por la culpa. Se dio cuenta entonces de la magnitud de lo que había hecho y de que ya no había nada que pudiera hacer para salvar a Jesús. Su hipocresía en su relación con Jesús le había pasado factura. Quería a Jesús y su reino, pero también quería el mundo. Nunca se había entregado por completo a Cristo.

Jesús lo había colmado de abundante gracia y perdón antes de que cruzara esa línea al abandonar el aposento alto, pero, por desgracia, Judas cedió a los poderes de las tinieblas e hizo lo que nunca pensó que haría cuando puso trágicamente fin a su vida. Se encontró en esa situación por confiar en su propia sabiduría, al intentar encajar a Jesús en sus planes en lugar de basar sus planes en Jesús. Nunca se sometió

por completo a las enseñanzas y principios de Jesús. En última instancia, su resistencia lo separó de la Fuente de la vida y resultó en perdición eterna.

Después de leer el texto con tus anotaciones y comentarios, ¿a qué conclusiones has llegado? ¿Qué preguntas te surgen? ¿Qué partes te resultan difíciles?

Piensa en lo que le pasó a Judas y cómo acabó donde acabó. ¿Crees que se pudo haber evitado?

Memoriza tu pasaje favorito de Mateo 26: 57-27: 10. Escríbelo varias veces para ayudarte a memorizarlo.

Escríbelo aquí





8ª SEMANA **4**

inVestiga



¿De qué manera los siguientes pasajes nos ayudan a comprender mejor Mateo 26: 57-27: 10?

Relatos paralelos
en los Evangelios:

Marcos 14: 53-72

Lucas 22: 54-71

Juan 18: 12-27

El silencio de Cristo:

Proverbios 26: 4

Isaías 53: 7

Mateo 7: 6

Perspectivas proféticas
sobre la traición:

Zacarías 11: 12, 13

Hechos 1: 15-20

¿Qué otros pasajes de las Escrituras te vienen a la mente en relación con las historias de Jesús ante el Sanedrín, la negación de Pedro y la traición de Judas?

Repasa el pasaje que memorizaste de Mateo 26: 57-27: 10.

Escríbelo aquí.





8ª SEMANA **5**

inVita



«No lo conozco»

Pedro y Juan siguieron a distancia cuando Jesús fue arrestado y llevado a Jerusalén. Llegaron al patio del sumo sacerdote, al que Juan pudo entrar gracias a sus conexiones con el sumo sacerdote. A Pedro no se le permitió entrar hasta que Juan fue a hablar con la chica que custodiaba la puerta, y juntos lograron que Pedro entrara.

En ese mismo momento, la chica le preguntó a Pedro: «¿No eres tú uno de los discípulos de ese hombre?» (Juan 18: 17). Esta pregunta era muy importante. En primer lugar, nos indica que Juan no negó su relación con Cristo. En segundo lugar, le ofrecía a Pedro la oportunidad de reconocer su propia relación con Jesús. Desafortunadamente, Pedro le dijo que no a la chica, y lo hizo justo delante de Juan.

A Juan le debió sorprender mucho escuchar a su amigo y compañero discípulo renegar así de Jesús. Pedro también debió avergonzarse de lo que acababa de hacer. Fue a calentarse junto al fuego con algunos sirvientes y oficiales, y le preguntaron por segunda vez si era discípulo de Jesús. Pedro volvió a negar su relación con Jesús.

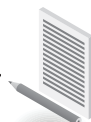
Entonces, un pariente de Malco, el hombre a quien Pedro le cortó la oreja, volvió a insistir, preguntando: «¿No te vi con él en el huerto?» (Juan 18: 26). Por tercera vez, Pedro negó a Jesús. Entonces oyó cantar al gallo. Lo recordó todo y se dio cuenta de que Jesús había predicho ese momento. El desafiante rechazo de Pedro a aquella advertencia resultó desastroso.

En ese momento tan revelador y profundo, Pedro se volvió para mirar a Jesús, y los ojos de Jesús se encontraron con los suyos. El rostro que imaginamos Pedro vio en ese momento tiene mucho que decir sobre nuestra teología. ¿Fue un rostro de compasión y tristeza? ¿Fue acaso de ira y decepción?

El libro *El Deseado de todas las gentes* lo describe así: «En aquel amable semblante, leyó profunda compasión y pesar, pero no había ira».¹ No estando preparado para acoger la gracia en ese momento, Pedro huyó. Se fue y lloró amargamente, arrepintiéndose de haber negado a su Señor y Amigo. La respuesta de Jesús a Pedro en ese momento nos dice mucho sobre cómo él nos ve en medio de nuestros propios fracasos. Esperemos que, al igual que Pedro, la bondad de Dios nos lleve también al arrepentimiento (Romanos 2: 4).

Cuando Pedro experimentó la gracia y supo que no la merecía, huyó. ¿Alguna vez la vergüenza te ha llevado a huir de la gracia de Dios en lugar de recibirla?

Escríbelo aquí





8ª SEMANA **6**

imPlicate



Aquella mirada llena de compasión y perdón

«**P**edro procuraba no mostrarse interesado en el juicio de su Maestro, pero su corazón estaba desgarrado por el pesar al oír las crueles burlas y ver los ultrajes que sufría. Más aún, se sorprendía y airaba de que Jesús se humillara a sí mismo y a sus seguidores sometidos a un trato tal. A fin de ocultar sus verdaderos sentimientos, trató de unirse a los perseguidores de Jesús en sus bromas inoportunas, pero su apariencia no era natural. Mentía por sus actos y, mientras procuraba hablar despreocupadamente, no podía refrenar sus expresiones de indignación por los ultrajes infligidos a su Maestro

»La atención fue atraída a él por segunda vez, y se le volvió a acusar de ser seguidor de Jesús. Declaró ahora con juramento: “¡No conozco a ese hombre!” (Mateo 26: 72). Le fue dada otra oportunidad. Transcurrió una hora y uno de los criados del sumo sacerdote, pariente cercano del hombre a quien Pedro había cortado una oreja, le preguntó: “¿No te vi con él en el huerto?” (Juan 18: 26). “Seguro que tú eres uno de ellos, pues también eres de Galilea” (Marcos 14: 70). Al oír esto, Pedro se enfureció. Los discípulos de Jesús eran conocidos por la pureza de su lenguaje, y a fin de engañar plenamente a los que lo interrogaban y justificar la actitud que había asumido, Pedro negó ahora a su Maestro con maldiciones y juramentos. [...]

»Mientras los juramentos envilecedores estaban todavía en los labios de Pedro y el agudo canto del gallo repercutía en sus oídos, el Salvador se desvió de sus ceñudos jueces y miró de lleno a su pobre discípulo. Al mismo tiempo, los ojos de Pedro fueron atraídos hacia su Maestro. En aquel amable semblante, leyó profunda compasión y pesar, pero no había ira.

»Al ver ese rostro pálido y doliente, esos labios temblorosos, esa mirada de compasión y perdón, su corazón fue atravesado como por una flecha. Su conciencia se despertó. Los recuerdos acudieron a su memoria y Pedro recordó la promesa que había hecho unas pocas horas antes, de que iría con su Señor a la cárcel y a la muerte. Recordó su pesar cuando el Salvador le dijo en el aposento alto que negaría a su Señor tres veces esa misma noche. Pedro acababa de declarar que no conocía a Jesús, pero ahora comprendía, con amargo pesar, cuán bien su Señor lo conocía a él, y cuán exactamente había discernido su corazón, cuya falsedad desconocía él mismo.

»Una oleada de recuerdos le abrumó. La tierna misericordia del Salvador, su bondad y longanimidad, su amabilidad y paciencia para con sus discípulos tan llenos de fallas: lo recordó todo. [...] Reflexionó con horror en su propia ingratitud, su falsedad, su perjurio. Una vez más miró a su Maestro, y vio una mano sacrílega que le hería en el rostro. No pudiendo soportar ya más la escena, salió corriendo de la sala con el corazón quebrantado» (Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, cap. 75, p. 671).



8ª SEMANA 7

inQuiere



A medida que avanzamos en este estudio, es importante que nos involucremos y reflexionemos en todo lo que implica para nuestra fe y nuestra vida cotidiana. En la clase de Escuela Sabática (o en el grupo de estudio bíblico), utiliza el siguiente esquema de preguntas para dirigir un debate basado en el pasaje principal y en los versículos de apoyo de esta semana.

Jesús ante el Sanedrín:

1. ¿Qué tipo de acusaciones falsas inventaron los principales sacerdotes para condenar a muerte a Cristo? (Mateo 26: 57-62).
2. Jesús permaneció en silencio cuando fue acusado. ¿Qué nos enseña esto sobre cómo manejar las acusaciones falsas? ¿Cuándo es apropiado guardar silencio? Considera Proverbios 26: 4; Mateo 7: 6.
3. Jesús rompió su silencio cuando le preguntaron directamente sobre su identidad. ¿Qué tipo de tormenta desató su respuesta? (Mateo 26: 63-67).

Reflexión personal: Jesús comenzó la semana siendo aclamado con ramas de palmera y la terminó siendo golpeado por las palmas de las manos de los sacerdotes y sus guardias. ¿Qué nos enseña esto sobre la naturaleza humana y la mentalidad de las masas? ¿Cómo puedes evitar que las multitudes te influyan negativamente?

El fracaso de Pedro:

1. Pedro negó a Jesús delante de Juan. ¿Cómo crees que se sintió Juan? ¿Cómo habrías reaccionado tú? (Juan 18: 15-17).
2. ¿Qué impacto tuvo en Pedro la mirada de Jesús después de negarlo? ¿Cómo te habrías sentido tú? (Lucas 22: 60-62).

Reflexión personal: Como Pedro, ¿has permitido que la presión de otros silencie tu testimonio? ¿Cómo puedes mantenerte firme la próxima vez?

El remordimiento de Judas:

1. ¿Qué motivos y conflictos internos podemos ver en Judas? (Mateo 27: 3-5).
2. Los sacerdotes rechazaron el dinero manchado de sangre, pero promovieron testigos falsos. ¿Qué nos enseña esto sobre la naturaleza humana? (Mateo 27: 6-8; 26: 59).

Reflexión personal: ¿En qué se diferencia el remordimiento de Judas del arrepentimiento de Pedro? ¿Has ignorado alguna vez la voz de Dios por seguir tus propios planes?

Puntos clave para recordar:

- A pesar de las falsas acusaciones, los maltratos brutales y la condena injusta que sufrió, Jesús permaneció en silencio y firme, entregándose por completo al plan de Dios y dando su vida por un mundo que lo rechazó con tanta crueldad.
- En la dolorosa negación de Pedro y la mirada compasiva de Jesús podemos ver la profunda verdad de que, incluso en nuestros mayores fracasos, la gracia de Dios no responde con ira, sino con una tierna invitación al arrepentimiento y la restauración.
- La trágica historia de Judas revela el peligro de aferrarnos a nuestros propios planes en lugar de rendirnos por completo a la sabiduría y los designios de Jesús, pero también nos recuerda que la vida eterna es nuestra cuando confiamos plenamente en Cristo y nos entregamos por completo a él.